

DEDICATORIA

DE UNA FIESTA DE FAMILIA

Señor Rector:

Por designación de mis compañeros vengo a este lugar, ocupado en otras ocasiones semejantes por verdaderos artistas de la palabra y la forma; desprovisto de arte y de ciencia, gustoso os ofrendo en nombre de ellos y en el mío propio las más granadas espigas de nuestras mieses humildes y sinceras. Jóvenes poetas os presentarán las flores de sus musas, delicados artistas dejarán escuchar su prosa de oro; mis alas no alcanzan a levantarme alto, pero mi buena voluntad es motor que me impele, y de corazón os cantará en la lengua de Luises y Cervantes.

Exponente clásico de la ciencia tomística, teólogo, orador, filólogo, físico racional, insigne pedagogo y otros tantos títulos, palidecen ante el único y verdadero de sacerdote de Dios, síntesis maravillosa de las aspiraciones humanas hacia lo infinito. Y vivís en lo más noble y puro de nuestras almas no como sabio, sino como padre moral e intelectual, como amigo que separa los abrojos del sendero y como brisa con cuyo soplo se alejan de nuestro espíritu humanas preocupaciones.

Van ya varios lustros que reanimáis con el vivificante soplo de vuestra filosofía nuestros juveniles entendimientos anhelosos de pasar el lindero de las cosas materiales, y como faro luminoso nos proyectáis la sombra de los escollos que tenemos que evitar para llegar pronto y salvos a la orilla que nos brinda reposo y en cuyos horizontes alumbra el sol de la verdad.

En ella hemos aprendido cómo de una pequeña y oculta semilla nace a la vida el roble milenario; cómo tímidas burbujas que se agrupan en las altas cuevas se atropellan en forma de cascadas que alegran con su

estrépito, o silenciosas y potentes ahogan extensas regiones y se deslizan por sus profundos cauces hacia los océanos. Tocados de vuestra ciencia ¡cuántas veces nos hemos extasiado en la contemplación de los elementos! ¡Qué sublimidad ante lo armonioso de los mundos! El infinito en los espacios celestes y en el mundo microscópico; las fuerzas que rigen las masas colosales de los cielos, son las mismas que gobiernan los átomos que revolucionan en un miligramo de materia, las olas que se quiebran, el huracán que descuaja encinas corpulentas y la gota de rocío que amanece temblorosa en el cáliz de las flores.

Y ascendiendo en la escala de las cosas nos lleváis de ese ser sólo visible con los ojos de la imaginación llamado átomo a la existencia del ente infinito y necesario, no movido por otro, necesariamente motor inmóvil, llamado Dios.

En las últimas páginas de ese libro dilecto, tesoro de los rosaristas, cuanto hermoso sencillo, estudiáis las costumbres humanas bajo sus policromos aspectos, allí os apoderáis del niño, le impulsáis a la vida, le convertís en hombre, le trazáis el camino que ha de seguir y ya cuando los últimos días de su vida se aproximan, la cabeza blanqueada por el frío de los años se yergue altiva porque ha cumplido con la ley eterna.

Amplísimos horizontes se descubren desde que se pisan los umbrales de la filosofía; las clásicas culturas desfilan con Platón y Aristóteles, Pitágoras y el Cínico, Cicerón y César. Allí todavía el ciego de Quio al través de los siglos nos estremece con sus cantos y los acordes de la cítara lesbiana hieren nuestros oídos y no podemos dejar de pregonar la grandeza de aquellos pueblos que llegaron a la inmortalidad no sólo por sus obras sino por sus ideales. Si en este campo salieron los antiguos victoriosos no por eso nuestra civilización quedó vencida. Apoyándose en la lógica gloriosa se

levanta, contempla en sus abstracciones matemáticas el infinito de Dios en los mundos incontables que ruedan en los espacios celestes y en el estrecho horizonte de un microscopio la más sorprendente organización y armonía que dejaron extasiado a Pasteur; por ella el hombre expresa su pensamiento con signos concretos, el marino llega a desconocidos mares, la palabra se esculpe a centenares de kilómetros, el grito de la locomotora resuena entre las selvas y, en fin, el hombre ha dominado el espacio azul con que siempre soñó.

Pródigo sois al colocar en nuestras manos esta varita mágica que como por arte de encantamiento va ensanchando el limbo de las ciencias como las olas sucesivas que levanta la caída de una piedra en la superficie tersa y límpida de las aguas.

Quiera la Bordadita conservar esa vida preciosa para bién de nuestra amada Patria, para amparo de estudiantes y con vuestras mismas palabras se digne decirnos: Sursum! más arriba! el porvenir de estos hijos que os rodéan es el vuestro en la inmortalidad! Que cada cabello que esmalte en blanco vuestra cabeza sea la luz y el calor que la generosidad ha llevado a los entendimientos ávidos de vuestros rosaristas!

A. M. BARRIGA VILLALBA.

23 de octubre de 1916.

